

jetos del mundo, son materiales, perecederos, mezclados con la amargura que ocultan en el fondo todas las cosas de la tierra, mientras los que proporciona la caridad, son espirituales, puros como el sér de donde emanan, que es Dios.

Pilar guardó con disimulo el dinero, y se acereó á entregar al preso la canasta que provista de comida llevaba.

El carcelero la miró con maliciosa intencion, y murmuró para sí.

—Mientras ellos penan, ellas buscan consoladores.... ¡Mujeres.... mujeres!....

Y se quedó refunfuñando, hasta que le llegó el turno á otro preso, y tuvo que pronunciar en alta voz su nombre.

CAPITULO II.

Enrique y Miguel.

Enrique, preocupado con el feliz encuentro de Pilar, se dirijia hácia el palacio á desempeñar la comision que llevaba para el gobierno, cuando al llegar al Puente de S. Francisco, oyó que le llamaban por su nombre: volvió los ojos hácia el sitio de donde vino la voz, y vió á Miguel, vestido de luto, que salia de una casa baja, cuyo patio estaba lleno de naranjos y de flores, dirijiéndose á él con los brazos abiertos. En el instante detuvo su caballo, bajó de él con prontitud admirable, y poco despues los dos amigos se abrazaron con ese placer

tierno, dulce, inmenso, que proporciona la verdadera amistad.

—¿Cuándo has llegado, Enrique?

—En este momento mismo.

—¿De dónde?

—De Veracruz adonde pasé de Tampico.

—¿Pues cómo traes este rumbo y no el de S. Lázaro?

—Porque fui primero á dar una buena noticia á un amigo que está preso en la Acordada por asuntos políticos.

—Muy activo eres en cumplir con los deberes de la amistad.

—Y te aseguro que nunca he visto mas palpablemente recompensados los servicios que prestamos á los amigos desgraciados.

—¿Por qué?

—Porque he tenido el encuentro mas inesperado.

—¿Cuál?

—He visto y hablado á la hija de D. Andrés.

—¿A Pilar!

—Sí.

—¿Y cómo está?

—En la mayor miseria.

—¿Será posible?

—Confundida entre las mujeres del bajo pueblo que llevan la comida á sus maridos, hijos ó padres presos.

—¿Pues qué, tiene alguna persona de su cariño en la cárcel?

—Lo ignoro, porque no pude hablar mucho con ella; solo ví que al pronunciar el que está en el ventanillo el nombre de Pedro Morera, se presentó un preso de rostro fiero, á quien ella se acercó para entregarle la comida que llevaba en una canasta.

—Si no me equivoco, ese nombre se lo he oido pronunciar á nuestro amigo D. Antonio, el dia en que fuimos á visitarle á Ixtacalco para decirle que trabajaríamos sin descanso por encontrar á Pilar.

—Es cierto: ahora recuerdo; es el mismo que le enseñó la noche del dia del saqueo del Parian, la casa en que vivia Rossi.

—Precisamente.

—Y que por las señas que despues me han dado, andaba por la costa de Tampico á caballo con otros cinco, fingiéndose guar-

dacosta, y robando á todo el que se descuidaba.

—¿Qué osadía!

—Y lo mas sorprendente es, que lo que voy viendo, que tuvo en Cabo-Rojo, una larga conversacion con los expedicionarios, y muy particularmente con el mismo Don Andrés, sin que uno ni otro supiera los lazos que á cada cual le ligaban con Pilar.

—¿Y dónde vive esa jóven?

—En la plazuela de S. Sebastian, letra A.

—Es preciso ir á verla para proporcionarla todo lo que necesite, y ver si la devolvemos á su desventurado padre.

—Mañana he quedado en hacerla una visita.

—Bien; hazla tú solo primero, y otro día iremos los dos juntos.

—¿Y tú te has mudado por ventura á esa casa de donde te he visto salir?

—No: es donde vive la actriz Matilde.

—¿Pues no me aseguraste que no la volverias á hablar?

—¿Qué quieres!... se parece tanto á Luisa, que me ha sido imposible; ademas,

me seguia á todas partes.... me acosaba..

Pero ahora sí que te juro no volver á verla.

—¿Por qué?

—Acabo de romper con ella: está zelosa de mi pobre prima, y ha exigido de mí, que no viva ni hable en lo sucesivo con María.

—Pero ¿quién le ha podido hacer concebir zelos contra una jóven hácia la cual ningun interes de enlace te lleva?

—Lo ignoro. Solo sé que Rossi me mira con envidia, y que trata de que entre Matilde y yo haya un rompimiento para quedarse él dueño del campo.

—¿Siempre Rossi!

—Sabes que llegó llamado por el gobierno para pasar al Estado de Guerrero y unirse á las tropas del Sur, pues se teme que el ejército de reserva que está en Jalapa, á las órdenes de Bustamante, se pronuncie contra el actual presidente Guerrero.

—¿Y has roto con Matilde?

—Enteramente, y hace un momento le he dicho que no piense en mí, que me arrepiento de haber puesto mis ojos en una

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. III. 8

mujer que abrigaba un corazón que exige sacrificios imposibles contra la tranquilidad de una joven que en nada le había ofendido.

—¿Y habrá quedado furiosa?

—Jurando venganza.

—Pues cuida de que no la realice.

—¿Crees tú que sería capaz?...

—De todo, y cuando se trata de María, de la joven que amo y cuya mano aun no pierdo la dulce esperanza de poseer algún día, es preciso vigilar constantemente.

—¡Ojalá se realice tu bella idea!... ¡Ojalá te vea en tranquila posesión de lo que tanto anhelas!

—Pero yo no haré lo que mi cuñado Fernando: yo respetaré el amor que María consagra á esa persona cuyo nombre oculta, hasta que mi constancia y mi cariño logren conquistar el sitio que hoy ocupa mi desconocido rival: yo no quiero hacer el ridículo papel de marido zeloso que cambia de domicilio á cada hora para que nadie vea á su mujer, como le sucede á Fernando.

—¡Cómo!... —dijo Miguel con ansiedad

y fingiendo ignorar cuanto había pasado en Chapala—¿no vive ya Luisa en su hacienda?

—No.

—¿Quién te lo ha dicho?

—El mismo Fernando al encontrarnos en Altamira.

—Pues ¿dónde viven ahora?

—En uno de los pueblos del Estado de Guerrero, entre rústicos *pintos*.

—¿Has ido tú á visitarla?

—No: le encontré tan serio conmigo en Altamira, me habló tan pocas palabras, que renuncié, por no verle, al placer de ir á abrazar á mi hermana, que supongo estará allí aburrída.

—¿Y no te dijo el motivo que tuvo para alejarse de Chapala?

—No, ni se lo quise preguntar al verle tan intratable.

—¿Y nada te habló tampoco de su hijo Juanito?

Dijo Miguel deseando descubrir si Enri que sabía algo del rapto llevado á cabo por el indio Pablo.

—Nada; por lo cual supongo que estará

bueno y que será la única compañía que haga agradable la soledad en que vive Luisa.

Miguel sintió oprimirse el corazón al considerar las lágrimas que estaba haciendo verter á aquella desdichada madre, tan buena como mal comprendida de su esposo.

Enrique atribuyó á muy distinta causa la tristeza que se apoderó de su amigo, y añadió.

—No se puede hablar contigo sobre nada que tenga relación con Luisa: doblemos, pues, la hoja, y echemos tierra sobre este particular.

—Sí, es lo mejor.

—Pero me estoy deteniendo mas de lo regular; voy á desempeñar mi deber con el gobierno, y mas tarde tendré el gusto de ir á visitarte.

—Si no tardas mucho, te espero en el portal de Mercaderes, para que despues que dejes tu caballo, marchemos á refrescarnos al café.

—Lo acepto: la comision que tengo que desempeñar exige pocos momentos.

—Pues bien, hasta luego.

—Hasta luego, Miguel.

Y Enrique, volviendo á montar en su caballo, se dirigió al palacio, mientras su amigo iba al portal de Mercaderes, donde le estaba ya esperando un hombre junto al arco de piedra en que estaba colocado un gran cartel que anunciaba la función que se daba aquella noche en el teatro.

—Y bien, Pablo—dijo Miguel acercándose al que le esperaba—¿has indagado algo?

—Sí, señor amo: Luisa está en un pueblito de tierracaliente, cuyo nombre han quedado en decirme despues.

—Lo sé: me lo acaba de decir su hermano.

—¿Y sabe el robo del niño?

—No; todo lo ignora.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Lo pensaré bien, y obraremos con cor dura, para volver la tranquilidad á esa infeliz madre, y llevar la calma al seno de un matrimonio que yo he llenado de amargura.

—Quien ha tenido la culpa, no ha sido su merced, sino yo; pero á bien que nada le

ha faltado á Juanito, que se ha criado como el hijo del *mas mejor* caballero.

—¿Le has visto hoy?

—Sí, señor amo: por señas que la señora que le cuida, me ha estado diciendo que va á sentir mucho el día que se lo lleven de su lado.

—Cuidado cómo digas nada de este secreto á mi prima.

—No tenga cuidado su merced. ¿No tiene otra cosa que mandarme su merced?

—Nada, puedes irte.

—Quede con Dios su merced.

Y el indio se fué, mientras Miguel se quedó esperando á Enrique, pensando en los medios de que se debía valer para entregar á Luisa el hijo querido de su corazón.

CAPITULO III.

La venganza.

Eran como las seis de la tarde, cuando Matilde, ciega de celos por el rompimiento con Miguel, llegó á casa de la desdichada María, que, libre de funestos temores, estaba entregada á los pensamientos de su amor sin esperanza. Acababa en aquel momento de llevarla el chocolate una criada, la cual volviendo á entrar á poco con un vaso de agua, anunció la visita de una señora.

—¿Una señora!...—Dijo María sorprendida.—¿Su nombre?

—No me ha dicho; pero está esperando ahí fuera, y parece una señora principal.